

# Don Miguel Bueno, mártir

## (Notas a un libro singular\*)

A la memoria inmortal del Rector de Salamanca y del «Cholo» de Santiago de Chuco. Hace cien años nació César Vallejo «muy niño, mirando al cielo»...

### I

No es posible leer todos los libros. Ni siquiera los estrictamente referidos a un campo al que uno va dedicando días, meses y años de cultivo especializado o de especial afición. «Los libros de una vida» —según reza el título de un artículo enjundioso y cargado de sentido común, como todos los suyos, de Ricardo Senabre— de «un lector medio y de mediana exigencia [...] a lo largo de treinta años [...] si nos atenemos a cálculos muy optimistas (podrían llegar a) unos quinientos». Luego, está la memoria personal que es siempre, en más o menos acusado estado de deterioro, un campo de ruinas, de soledad, mustio collado... Se impone, pues, una rígida selección a la hora de empeñarse en la empresa de la lectura. La información es fundamental al respecto. Ciertos boletines editoriales y las buenas reseñas son aduanas dignas de crédito. Pero, a veces, también lo son —y más acreditadas— la noticia alerta de un amigo y su petición (des)interesada de que escribas algo sobre tal o cual libro. Este es el caso. Félix Grande me pide unas páginas, le digo que sí, y las escribo... Pero, previamen-

te, leo el libro, con el detenimiento que el compromiso exige y con el rigor que entraña la amistad. Y así es como este libro concreto viene a sumarse a mi cuenta particular de lecturas, enriqueciéndola. Dar las gracias es cortesía obligada. ¿Cómo ser descortés con un amigo, con tal amigo?

Escribiré, pues, «lector mío» —admíteme este plagio unamuniano—, unas notas sobre unas *Notas*. Primero, de manera objetivo-descriptiva, y, luego, sin dejar la objetividad —o esa forma de subjetividad a la que llamamos objetividad— de manera más personal, porque toda lectura es, inexcusablemente, un eficaz semillero de reflexiones cuando de veras nos «transformamos» de simples personas en personas lectoras.

### II

El libro tiene dos partes. Más correctamente dicho, nos hallamos ante dos textos diferentes: uno, de Unamuno, y, otro, de Carlos Feal. Diferentes, sí, pero relacionados, por cuanto el primero es motivo y espuela del segundo: es su realidad asumida. El primero es un texto original y hasta ahora inédito de don Miguel. El segundo, un estudio sobre el primero. Un estudio muy peculiar al que podemos calificar de glosario del texto unamuniano, no altera a éste en nada y no se constituye en texto autónomo a costa de la autonomía de él. De manera muy general podemos afirmar, en principio, que el texto de Feal es un ensayo.

Antecedan a estos dos textos una «Nota preliminar» de Miguel de Unamuno Andarraga, nieto del rector de Salamanca, y un «Prólogo» de Miguel Quiroga de Unamuno, también nieto de don Miguel. El primero nos informa de que, entre los papeles dejados por su abuelo, había «unas notas, esbozo inicial de un hipotético libro futuro, sobre la guerra civil, ya en curso, a las que, remedando otro suyo, puso el expresivo título de *El resentimiento trágico de la vida*» (pág. 9), y de las circunstancias que permiten o aconsejan ya su publicación, a la

\* Miguel de Unamuno, *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas, con estudio de Carlos Feal*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 158 págs.

que él contribuye con la transcripción del manuscrito (pág. 10). El segundo afirma que, cuando leyó por primera vez estas notas inéditas de su abuelo, cincuenta años después de la muerte de éste, «volvieron a mi mente viejos y dolorosos recuerdos» (pág. 11), y, «sobre todos ellos, la imagen crispada de mi abuelo, del abuelo recordado como tal, de una imagen y recuerdo no compartido y al margen de su proyección universal» (*ibid.*); afirma también que en el fondo de su ser sintió «el deseo de que dichas notas no se hicieran públicas, salvo que de alguna forma se las pudiera interpretar del modo adecuado» (pág. 12); confiesa que, años después —ahora—, se ha encontrado con la interpretación adecuada y que ésta es el «trabajo concienzudo y profundo de Carlos Feal Deibe» (*ibid.*).

### III. El texto de Unamuno

Consta de 22 hojas manuscritas cuyas medidas ignoro porque no he visto el original; la primera contiene el título de la ex-futura obra, está escrita, seguramente, a tinta, excepto una línea, seguramente escrita a lápiz y que no se reproduce en la transcripción; la última página consta de dos líneas más una sílaba en tercera línea. Como curiosidades, señalo que la página primera fue escrita por Unamuno sobre un papel del Ayuntamiento de Salamanca, con escudo, sello y un encabezamiento que dice: «Sr. Don Miguel de Unamuno y Jugo», escrito a máquina, y que la quinta lo fue sobre un papel del Casino de Salamanca, con escudo, y dos palabras escritas con tinta, «Comienza diciendo», a todas luces no pertenecientes al texto.

La transcripción es aceptable, salvo algún error que me parece evidente —y que no señalo por no entrar en minucias—, aunque las flechas indicadoras del sitio en el que deben ser incluidas ciertas partículas de texto no se reproducen en la transcripción de la hoja cuarta ni de la quinta, hecho que impone al lector una obligada gimnasia de confrontación de lo manuscrito y lo editado.

La presentación editorial es la normal en estos casos: las páginas pares del libro —es decir, las de la izquierda— ofrecen el manuscrito, y las impares —es decir, las de la derecha— la transcripción impresa. Las páginas manuscritas, aunque no numeradas, entran, sin embargo,

en el cómputo ordenado de la paginación total del libro, razón por la que el texto unamuniano avanza hasta la página 59. Tengo mis dudas acerca de si las páginas respetan aquí, o no, el orden existente en el manuscrito. ¿Se nos ofrecen todas las páginas del manuscrito? Estos detalles, aun en el caso de resultar ciertos, no provocarían extravíos mayores porque lo que tenemos delante —y lo sabemos— es un simple manojito de *Notas* que, a lo sumo, pueden ser consideradas como materiales azarosos —y viscerales— para la elaboración de un libro del que tan sólo estamos seguros del título —si es que la primera página de Unamuno es en efecto un título.

Escribió esto porque, a mi entender, consideradas sus circunstancias vitales en los primeros meses de la guerra «incivil» —agravadas por la edad— y la dispersión temática y anecdótica fulgurante del texto mismo, Unamuno, con toda probabilidad, no tenía ni tuvo intención de escribir el libro: estoy convencido de que no lo hubiera escrito aun en el caso de que su vida se hubiera alargado más. Lo que Unamuno escribió —y tenemos delante— es un «monodílogo» o «autodílogo» en el que todo él y toda su obra son sometidos a una pira despiadada y piadosa, misericordiosa e inmisericorde, rebelde y resignada, sentida y resentida, en un intento de catarsis que le permitiera saber quién era él mismo, atemorizado y acongojado en el laberinto trágico de la vida y ante el hecho pavorosamente irracional de la guerra, es decir, de la muerte, del acabamiento personal y «comunal».

Hay más. Si todo texto es un signo —y está compuesto de signos—, lo es por tener dos niveles o planos indisolublemente unidos, «como el haz y el envés de una hoja». De ordinario, solemos llamar a esos dos planos o caras «expresión» y «contenido», y también «forma de expresión» y «forma de contenido» (ambas con sus correspondientes sustancias). Para algunos, los dos planos —las dos caras, los dos niveles— son isomórficos, es decir, que a cada elemento de expresión corresponde un elemento de contenido. Si urgir borde a borde tal isomorfismo aquí, creo que nada impide —más: me parece críticamente obligado hacerlo— afirmar que, si a niveles de expresión nos encontramos ante el macrotexto unamuniano, lo mismo ocurrirá a niveles de contenido. Ello quiere decir que los temas —empleo este término sin más precisiones, puesto que su significado está claro para el lector— que en este texto aparecen son hipónimos del